

CLIC



LAS LÁGRIMAS DE PIZARRO
POR ATAHUALPA

EDICIÓN DE
HISTORIA

www.clicrevista.com
AÑO 12 - NÚMERO 104 - 4,00 €

SIGLO XIV

REYES
BASTARDOS
EN CASTILLA Y PORTUGAL

LA CONQUISTA
DE UN MITO
CONSTANTINOPLA

WATERLOO
LA PARTIDA FINAL
DE BONAPARTE

INMIGRANTES INVISIBLES: ESPAÑOLES
EN ESTADOS UNIDOS, 1868-1945

MC



1868-1945

ESPAÑOLES EN EE. UU.

Inmigrantes invisibles entre imperios

Los obreros y campesinos españoles que pusieron rumbo "al Norte" apenas constituyen una gota en el océano de la emigración española a América o de la europea a Estados Unidos ¿Qué se sabe de ellos?

James D. Fernández y Luis Argeo, autores de *Invisible Immigrants: Spaniards in the US (1868-1945)*, libro fotográfico editado a partir de imágenes rescatadas de álbumes familiares conservados por los descendientes de emigrantes españoles en Estados Unidos.

▲ FAMILIA HENARES, familia de pescadores en Monterey (California).

En el centro de la cacereña ciudad de Trujillo, en un vetusto inmueble al que apunta la sombra de la estatua ecuestre de Francisco Pizarro cuando entra a la Plaza Mayor el primer sol del día, se encuentra el icónico Mesón La Troya. Al igual que la historia de tantas otras huellas de Trujillo, de Extremadura, de España, la de este castizo establecimiento pasa por las Américas. Pero seguir la odisea de los fundadores del mesón no nos llevaría a Cajamarca ni a Potosí, ni siquiera a Veracruz o a La Habana. Y en el Archivo de Indias, de seguro encontraríamos muy poca documentación sobre los "indianos" que establecieron el ya legendario restaurante. Porque para conocer la historia americana del Mesón La Troya, los únicos archivos que nos sirven son dos antiguos baúles de madera que durante un siglo han estado arrinconados en los trasteros del local. Dichos baúles, forrados con hojas de un periódico en inglés del año 1913, conservan reveladores documentos en los que se descubre que los topónimos que jalonan la aventura de quienes fundaron el Mesón La Troya no son los que esperaríamos encontrar en esta ciudad, "cuna de conquistadores": Honolulu, Koloa, San Francisco y Oakland, por ejemplo. Porque Juan Barquilla e Isidra Solís no eran colonos del imperio español. Si hicieron las Américas, pero como decenas de miles de sus compatriotas, emprendieron viaje a principios del siglo XX, huyendo, precisamente, de las miserias agudizadas por el "desastre" imperial de 1898, y buscando, en los territorios del "Norte"—es decir, en Estados Unidos—, las oportunidades que no encontraban en casa.

TAMPA, FLORIDA Y SU LEGADO DE HUMO

Un dato contra-intuitivo, pero primordial para comprender cabalmente este capítulo histórico: la presencia de grandes números de españoles en las Américas es un fenómeno post-imperial. Es decir, se trata de un fenómeno que se da solamente cuando la

bandera española ya casi ha dejado de ondear sobre territorio americano. Frente a aquellos puñados de exploradores, frailes y colonos que llegaban desde la península a los dominios de ultramar en los siglos XVI, XVII y XVIII, encontramos, solo en las décadas que transcurren entre mediados del XIX y primer tercio del XX, a millones de emigrantes, obreros y campesinos, hacinados en inmensos vapores, cruzando el océano para buscar oportunidades en las repúblicas hispanoamericanas ya independientes o, en el caso de Cuba y Puerto Rico, en trance de independizarse (de hecho, la emigración española a Cuba no hace sino incrementarse tras el 98). Y la historia de la presencia de grandes números—decenas de miles— de españoles en Estados Unidos es, en realidad, un subcapítulo de esta gran diáspora que tiene como telón de fondo la desintegración del imperio español y la simultánea ascensión de Estados Unidos como gran potencia con ambiciones globales. Es una historia que transcurre en el espacio abierto entre imperios; un espacio lleno de retos y oportunidades. Fijémonos en algún caso concreto de este viaje al Norte, empezando por el peculiar desarrollo de Tampa, Florida.

Según una nota publicada el 8 de junio de 1896 en la madrileña *Ilustración Española y Americana*, "Tampa es una de las poblaciones de la costa occidental de la Florida. No tiene cosa digna de mención, pero es foco de conspiración contra España, pues en ella tienen los filibusteros una de sus bases de operaciones. Hay en ella algunos miles de tabaqueros, la mayor parte enemigos, algunos (muy pocos) leales... La población cuenta con unas 30.000 almas. Al puerto concurre regular número de barcos, y tiene un buen muelle...". Al calificar a Tampa —y a sus tabaqueros— como foco de apoyo a la independencia cubana, razón no le faltaba al redactor de la nota; no en balde, José Martí acudía desde Nueva York a las fábricas de Tampa con cierta frecuencia ▶▶

Lo que ocurría en Tampa a finales del siglo XIX era algo a todas luces asombroso, y sus protagonistas eran, en gran medida, españoles

► para recaudar fondos para su Partido Revolucionario Cubano. Pero al decir que Tampa en 1896 "no tiene cosa digna de mención", seguramente al redactor de la nota le cegaba cierto rencor patriótico. Porque lo que ocurría a la sazón en Tampa era algo a todas luces asombroso, y sus protagonistas eran, en gran medida, españoles —ya fueran "leales" o "enemigos"—. Treinta mil habitantes tiene Tampa en 1896, nos informa el alarmado y rencoroso cronista de la *Ilustración Española y Americana*. A modo de comparación, es de notar que en ese mismo año, también en el estado de Florida, se incorporó como ciudad otro municipio que por esas fechas contaba con poco más de 300 residentes: Miami. Y puestos a comparar, podría ser "digno de mención" el hecho de que la misma ciudad de Tampa, diez años antes, en 1886, contaba con una población de menos

de mil almas. Es decir, en tan solo diez años (1886-1896), Tampa fue capaz de multiplicar su población por un factor de treinta, y llegó ser un centro manufacturero con una población cien veces más grande que la de Miami. Tampa era poco más que una somnolienta aldea de pescadores en 1886, cuando Vicente Martínez Ybor decidió trasladar allí sus fábricas de puros habanos. Era el segundo traspaso comercial importante para este empresario valenciano. En 1868, tras el arranque en Cuba de lo que se dio en llamar la "Guerra de los Diez Años" —en realidad el comienzo del último empujón independentista cubano que duraría unos treinta años—, Martínez Ybor, que apoyaba la independencia, se había marchado de La Habana para recalcar en Cayo Hueso. Unos desafortunados incendios en sus edificios de madera, junto a ciertos problemas

laborales y las propias deficiencias de infraestructura en la isla de "Key West" fueron las causas que llevaron a Martínez Ybor a buscar un lugar más propicio para su empresa. Tras llegar a un acuerdo con la cámara de comercio de Tampa, el industrial valenciano mandó trazar y construir una ciudad fabril cuadrículada donde alojar a sus empleados en torno a la fábrica. Había nacido Ybor City. Su ejemplo fue seguido por varios tabaqueros españoles —el cántabro Ignacio Haya, el asturiano Ángel L. Cuesta o el andaluz Antonio Santaella, entre otros—, que con sus fábricas pronto atraerían a miles de inmigrantes buscando los trabajos relativamente bien remunerados de las tabacaleras. Los trabajadores eran principalmente españoles y cubanos. Los sicilianos, alemanes y judíos rumanos que también respondieron a la bocanada cigarrera de Tampa se verían obligados a aprender el idioma español, convertido por entonces en lengua franca de aquella nueva "Capital Mundial del Cigarro". En su apogeo, la colonia española de Tampa estableció diversos centros sociales, alguno de los cuales contaba con grandiosos edificios propios. Tanto el Centro Asturiano como el Centro Español construyeron, además, modernísimos hospitales donde atender a sus numerosos socios, que eran la envidia entre otras colonias españolas del país. Ya para 1930, Tampa contaba con más de 100.000 habitantes, y en sus 200 fábricas tabaqueras se hacían a mano más de un millón de cigarros puros diarios.

HIJOS AMERICANIZADOS

El declive de la Tampa española fue casi tan rápido y vertiginoso como su ascenso. Los artesanales puros perdieron popularidad frente a los modernos cigarrillos a partir de los años 20. Como triste colofón de esta historia

de humo, el embargo (1959-60) contra los productos cubanos —entre ellos el imprescindible tabaco en rama— prácticamente extinguió de una vez por todas la icónica industria de la comunidad española de Ybor City, también

la de West Tampa, y de la ciudad entera. Además, la Guerra Civil Española había significado un rudo portazo para aquellos que soñaban con volver algún día a España: la conflagración y sus secuelas aceleraron la asimilación de

los emigrantes españoles a la sociedad americana, su integración en una nueva cultura. No había vuelta atrás. Tras la Segunda Guerra Mundial, aquella asimilación se aceleró aún más, los hijos ya americanizados fueron casán-

Estudiando pautas de circulación global de mano de obra, se pueden apreciar signos evidentes de este "relevo imperial" que tanto afectó a las sociedades españolas y estadounidenses a partir de 1898. La construcción del Canal de Panamá, las plantaciones de azúcar que diversas empresas norteamericanas establecieron en las islas Hawái tras su anexión al país o la industria pesada que reclutó obreros en Europa, fueron determinantes para muchas familias de Galicia, Andalucía o Asturias, dispuestas a abandonar sus hogares en busca de un trabajo con el que sostener sus vidas lejos de casa. Mientras su país se ahogaba, ellos respondieron a la llamada de remotas empresas que impulsaron la pujante economía de un nuevo imperio en ciernes. En ocasiones, la historia enlaza hechos y circunstancias singulares que alteran su curso natural hasta convertirse en acontecimientos sobresalientes. Ocurrió con el fenómeno migratorio asturiano en las regiones metalúrgicas de los Estados Unidos, en los primeros años del siglo XX: de no haberse producido en 1903 aquellas filtraciones de agua en las galerías de la mina de Arnao (Asturias), que ponían en

peligro la vida de los obreros de esta mina de carbón excavada bajo el mar; de no haberse manifestado y declarado en huelga en busca de mejores condiciones laborales; de no haber existido exceso de trabajadores en la vecina fábrica de cinc que la Real Compañía Asturiana de Minas levantó al lado para aprovechar la poca calidad del mineral combustible, las oleadas de emigrantes salidos de esta región asturiana entre 1900 y 1915 jamás hubieran formado parte del desarrollo metalúrgico americano con sus labores en las fábricas de compañías como DuPont en Virginia Occidental, Donora Zinc Works en Pensilvania, Grasselli Chemical Company en Ohio, U.S. Steel en Indiana, National Lead Co. y subsidiarias en Illinois y Misuri, The Edgar Zinc Company en Kansas, en lo que podríamos denominar la ruta asturiana del cinc. "Allí donde había una fábrica de cinc, había asturianos. Era los que mejor soportaban el calor de los hornos en penosas condiciones". Son palabras del octogenario Isaac Suárez, hijo de asturianos nacido en Spelter (Virginia Occidental). Cientos de familias asturianas se dispersaron por esos estados.

▼ PRIMER EDIFICIO DEL CENTRO ESPAÑOL en la Séptima Avenida y el pequeño ferrocarril que hacía viajes entre Ybor City y Tampa.



LA RUTA ASTURIANA DEL CINCO

▼ FABRICA DE CINCO. Trabajadores asturianos en el complejo de Spelter (Virginia Occidental).





▲ TAMPA: fonda para tabaqueros inmigrantes



▲ NUEVA YORK: familias españolas en una azotea del Lower East Side de Manhattan.

▶ dose y abandonando los antiguos enclaves étnicos para, ley de vida, fundar sus propias familias. Hoy en día, la fábrica que Martínez Ybor había levantado con ladrillo rojo sirve de cuartel general a la Iglesia de la Cienciología; el palacio del Centro Español de Ybor City acoge un gran centro comercial; el majestuoso Centro Asturiano —en cuyo auditorio cantaran en su día Enrico Caruso y Miguel Fleita, entre otros grandes artistas— sobrevive a duras penas, alquilando sus amplios espacios para la celebración de bodas o

clases de salsa y tango. Y una gran antipista elevada, construida en los años 60, atraviesa como una cicatriz lo que hace un siglo había sido el corazón de la gran ciudad fabril de Ybor. Pero en los álbumes familiares de los descendientes de aquellos inmigrantes, aún se conservan imágenes evocadoras de un tiempo esplendoroso...

NUEVA YORK: UNA ESPAÑA MUY GRANDE, EN PEQUEÑO

El 5 de julio de 1896, el *New York Times* cubría en términos elogiosos la

reunión anual organizada por la Sociedad Benéfica Española de Nueva York, también conocida como "La Nacional". El artículo del diario más importante de la ciudad señalaba que la sociedad llevaba desde 1868 realizando su obra benéfica, social y patriótica en Nueva York, y que solía celebrar su gran fiesta anual —una gira campestre o "picnic"— en el Ulmer Park de Brooklyn, en la significativa fecha del 4 de julio, la fiesta patria estadounidense. A su edición vigesimosexta, de 1896, informa el *Times*, "asistieron más de mil personas, entre ellos, el Dr. Arturo Baldasano, cónsul General de España en Nueva York... Había abanicos negros en las manos y negras mantillas sobre los hombros [sic] de las españolas... El Fiscal Backus y el Sheriff Butting comentaban anoche que en los tribunales y las cárceles del concejo de Kings (es decir, Brooklyn), no se encontraba ni un solo reo de nacionalidad española".

La fecha de la fundación de La Nacional —1868— es significativa. En ese año la pequeña colonia de comerciantes españoles que residían en la ciudad había establecido la sociedad con el objetivo primordial de prestar ayuda a sus compatriotas que empezaron a llegar en números considerables de Cuba. Indigentes, muchos de estos inmigrantes huían del estallido de la lucha independentista en la isla, de la conflagración que luego se conocería como la "Guerra de los Diez Años". Solo dos años después de ese picnic que el *New York Times* cubrió de manera tan efusiva, la Sociedad Benéfica Española de Nueva York se preparaba para celebrar a lo grande su trigésimo aniversario. Pero el estallido de la Guerra Hispanoamericana en abril de 1898 transformaría en invectivas los parabienes de antaño. De nuevo, el *Times* recoge la información: "Este año, (La Nacional) solicitó, como de costumbre, permiso para celebrar en Ulmer Park su fiesta anual; petición que el Sr. Dexter, propietario del parque, denegó de forma inmediata y contundente. Los españoles tuvieron que prescindir de su gira

La historia de los españoles en Nueva York está íntimamente vinculada al ocaso de un imperio y al despertar de otro

campestre". Al igual que en el caso de Tampa, la crónica de los españoles en Nueva York está íntimamente vinculada a la historia del ocaso de un imperio y el despertar de otro.

El final de la soberanía española en El Caribe en realidad aceleró y aumentó la emigración de españoles, tanto a las antiguas colonias antillanas como al territorio estadounidense. Durante las primeras décadas del siglo XX, Nueva York acabaría albergando varios enclaves importantes de españoles, que llegaban a menudo atraídos por las redes regionales tejidas por paisanos precusores y por las oportunidades de empleo en sectores como, por ejemplo, el tabaco y el azúcar, la construcción, las plantas eléctricas, la manufactura de ropa, el transporte marítimo y el trabajo portuario. En el caso de las mujeres, muchas encontrarían trabajo como empleadas domésticas en casas privadas. Las mismas realidades geopolíticas que propiciaban la presencia de los españoles en EE. UU. y Nueva York —en particular, las intervenciones cada vez más frecuentes e intensas de Estados Unidos en la América de habla hispana— hicieron que también llegaran a la ciudad en la misma época cantidades ingentes de otros hispanohablantes, sobre todo puertorriqueños y cubanos. Y la convivencia en Nueva York de hispanos de todo el mundo caracterizaría la experiencia de muchos de los españoles, a la vez que generaría importantes oportunidades comerciales para emprendedores como el burgalés Prudencio Unanue, fundador de *Goya Foods*, o el gallego/asturiano Gregorio Bustelo, fundador de *Bustelo Coffee Roasting Company*. Se trata de dos de las marcas comerciales hispanas más importantes en los Estados Unidos todavía hoy, fundadas por inmigrantes españoles que supieron aprovechar la presencia de una clientela panhispana en Nueva York.



▶ LA IBERIA: José María Vázquez de Lugo, comenzó trabajando en "La Iberia", tienda de vestidos en Nueva York, hasta que acabó siendo el dueño del negocio.

» En 1929, el periodista y humorista Julio Camba describió con inimitable gracia la situación de Nueva York como ciudad hispana: "En el teatro de San José no son únicamente el gallego, el catalán o el baturro quienes hacen las delicias del público con sus acentos respectivos. A la par de ellos salen a escena el jibaro de las Antillas, el pe-

lado mexicano, el atorrante argentino, etc. Se bailan jotas y sones, sardanas y rumbas, pericones y muñeiras, penteras y jarabes. Se tocan la guitarra, el cajón, los palillos, el güiro, la pandereta, la marimba. Se canta flamenco y pampero y se alternan alalás con vidalitas o malagueñas con corridos. Los restaurantes, por su parte, no se-

rían considerados como restaurantes españoles si, junto al arroz valenciano o la escudella catalana, no incluyesen en la carta los tamales, el churrasco, el mole de guajolote, el chile con carne, la barbacoa, el sibiche, el chupe de camarones y demás *platillos* o *antojitos* hispanoamericanos. Y si usted, amigo lector, considerase algo bárbara esta

nomenclatura, yo no podría por menos de lamentarlo, porque ello demostraría, no que es usted muy español, sino que lo es usted muy poco, que tiene usted de España un concepto peninsular exclusivamente y que carece usted de conciencia histórica nacional".

Camba remata su ingenioso retrato de la Nueva York hispana con un consejo

para sus lectores españoles: "Esta conciencia histórica, si en efecto le falta a usted y quiere usted adquirirla, en ninguna parte podrá lograrlo mejor que en el barrio de Nueva York a que me refiero, donde se encontrará usted, en pequeño, con una España muy grande".

adornados con flores ocupados por bellas mujeres y por apuestos hombres. El cronista señaló como punto máximo del evento los bailes españoles —sevillanas y jotas— interpretados por los novios y sus invitados. Además, nombra a algunos de estos bailarines, y luego registra los nombres completos de más de 130 asistentes (más familiares), antes de pedir disculpas por los nombres y apellidos que se le hubieran quedado en el tintero. El tamaño y la naturaleza del evento señalan la solidez y cohesión de la colonia española en el Vacaville de aquellos tiempos; y el hecho de que una boda californiana fuera cubierta en un reportaje tan extenso en un diario hispano de Nueva York parece demostrar la existencia de conexiones entre los diferentes enclaves españoles que estaban en pleno desarrollo en esos momentos a lo largo y ancho de EE. UU. »

CALIFORNIA

El 3 de febrero de 1922, en el diario en español de Nueva York *La Prensa*, aparece una crónica sobre la boda de dos miembros de la colonia hispana de Vacaville. Ese reportaje da evidencia no solo de la presencia de una colonia española en el área de Vacaville (California), sino también de sus logros hasta prosperar como comunidad durante décadas hasta bien entrados los años 20 del siglo pasado. El artículo de aquel periódico describe la procesión que acompañaba a los novios: diecinueve autos

LOS PELOTEROS ESPAÑOLES

Al contrario que otros emigrantes llegados al país, los españoles que se asentaron en Tampa después de su paso por Cuba no practicaron el deporte europeo por antonomasia, el balompié, que viajó con ellos al Nuevo Mundo. Hay constancia de que el balompié fue practicado de manera semiprofesional por obreros españoles asentados en Nueva York, Pensilvania, Kansas o Misuri. Estas ciudades, fabriles y con una fuerte presencia de europeos, conocieron el deporte como una forma de interrelación entre emigrantes de distinta procedencia. Las ligas y campeonatos de fútbol que se creaban en los enclaves laborales fueron constantes y crecientes desde los años 20, y sirvieron de cantera para los clubes profesionales de posterior aparición: *Brooklyn Hispanos*, *Newark Portuguese*, *Ukrainian Nationals*, *Philadelphia German-Americans* son algunos equipos que conformaron la American Soccer League desde 1933, año de su fundación. En Tampa, sin embargo, el balompié no despertó la afición que se vivió con el béisbol. Los equipos formados en torno a los distintos clubes y centros sociales sirvieron para gestar la cantera de "peloteros" que ha dado la ciudad con el paso de las décadas. El béisbol en Florida es y fue un deporte sagrado. Y siendo Tampa una ciudad que creció con oleadas de gentes llegadas de la cornisa cantábrica, Cuba o Sicilia, no es raro encontrar apellidos exóticos en el Salón de la Fama del Béisbol, reservado a los grandes jugadores de la historia. Pertenecen a los hijos de aquellos emigrantes que llegaron a Tampa para manufacturar cigarrillos. Al López (1908-2005), Lou Piniella (1943), Tony La Russa (1944) o Tino Martínez (1967) son ya leyendas del béisbol nacidas en el seno de familias españolas que emigraron a Estados Unidos.





» Ya para el año 1920, encontramos enclaves españoles desperdigados por toda California. La historia de la mayoría de ellos tiene poco que ver con las hazañas de Fray Junípero Serra o del explorador Gaspar de Portolá, los "fundadores" españoles de este estado con nombre sacado de una novela de caballerías. Ciudades como San Francisco o Sacramento fueron nudos de comunicación para campesinos y jornaleros españoles llegados desde los cuatro puntos cardinales a principios del siglo XX. Desde Nueva York, cruzarían el país para instalarse en torno a las fábricas conserveras de pescado de Monterey, donde también

se asentaron españoles con experiencia en diversas artes de pesca de bajura. Otros muchos se instalarían en localidades como San Leandro o Winters, donde las peonadas dependían de las buenas o malas cosechas hortofrutícolas de los extensos campos de cultivo californianos. Varios miles de estos jornaleros españoles—entre ellos, muchos de los invitados a aquella boda celebrada en Vacaville—desembarcaron en masa en la costa norte californiana tras un extraordinario periplo que los llevaría de España a las islas de Hawái. Llegaron a California huyendo de un decepcionante primer viaje que les marcaría de por vida.

MÁLAGA-HAWÁI

"Emigración con pasaje gratuito al estado de Hawái (Estados Unidos de América)... Los emigrantes españoles que quieren acogerse a las concesiones y beneficios que ofrecen las leyes de Inmigración y colonización del Estado de Hawái obtienen pasaje gratuito desde Málaga para dicho Estado, en magníficos vapores de marcha rápida, de más de 12.000 toneladas, con comida durante el viaje a la española, condimentada por cocineros embarcados expresamente para ello...". Así rezaba el texto del seductor pasquín que a principios del año 1907 apareció colgado en las puertas de ayuntamientos y tabernas a



▲ GABRIEL CAMPOS (en medio) y otros miembros de la familia en su zapatería en Mountain View, California.

lo largo y ancho del sur de España. En la realineación geopolítica urdida en el contexto de 1898, las islas de Hawái pasaron a ser territorio de EE UU., y los nuevos dueños del archipiélago no tardaron nada en diseñar esquemas especiales para colonizar las islas del Pacífico con habitantes de extracción europea. Los plantadores de caña de azúcar de Hawái buscaban con particular interés a blancos que tuvieran experiencia con el cultivo de la caña; con ese objetivo, volvieron los ojos a Puerto Rico, Portugal—Madeira y Azores, sobre todo— y a las dos provincias españolas de milenaria tradición azucarera: Málaga y Granada. Pero si en principio los reclutadores buscaban mano de obra cualificada, la tremebunda situación económica del campesinado español en la coyuntura de 1907, junto con la seductora oferta anunciada en el cartel, hicieron que se apuntaran al programa españoles que del azúcar sabían poco más que la cantidad de cucharadas que echaban a su café (cuando había una y otro). Durante los seis años que duró la campaña de reclutamiento, emigraron

a Hawái unos 8.000 españoles, de Andalucía, Extremadura y Valencia, pero también de las dos Castillas. Como el objetivo de los plantadores era colonizar permanentemente las islas recién adquiridas, pagaron el pasaje a familias enteras—en muchos casos, familias multigeneracionales—.

AVENTURAS Y DESASTRES

La reacción política a esta respuesta migratoria se puede conocer atendiendo a la prensa de la época. Mientras en España intentaban mitigar los desastres del 98, en Estados Unidos se alimentaba el advenimiento de un ciclo rico, plural, esplendoroso. *La Correspondencia de España* publicaba la tarde del 9 de marzo de 1907: "La opinión general es opuesta a esta emigración, que se considera aventurera y a la que se augura un resultado desastroso (...). Todo el mundo califica de absurda una emigración a unas islas donde todo será extraño a los emigrantes, usos, costumbres y hasta el idioma". Y casi como respuesta a ese espíritu derrotista, los lectores del *Washington Post*

del 14 de diciembre de 1907 podían leer estas palabras: "Dentro de pocos años, (...) aquellos españoles que están en Hawái trabajando por su salvación serán buenos ciudadanos estadounidenses". Lo cierto es que el episodio español en los campos de caña hawaianos no duró mucho. Como auguraba el periódico español, las condiciones laborales no serían las prometidas. Pero lejos de bajar los brazos y arrepentirse, los emigrantes españoles continuaron su periplo y saltaron a California en busca de un nuevo plan de vida, enfrentándose con obstinación a reveses y crisis venideras. La mayoría terminaría estableciéndose en tierras californianas, donde sus hijos y nietos se integrarían en la sociedad estadounidense hasta volverse invisibles; otros, como los fundadores del Mesón La Troya, en Trujillo, regresarían a España con sus baúles forrados de periódicos incomprensibles. No fueron frailes ni conquistadores, pero hicieron las Américas. Aunque más bien las Américas, y esto poca gente lo sabe, fueron las que acabarían haciéndoles a ellos. ▀